

D. SAGRADA FAMILIA. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 2,13-15. 19-23.

Cuando se marcharon los Magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

-Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

José se levantó, cogió al niño y a su madre de noche; se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes; así se cumplió lo que dijo el Señor por el Profeta: «Llamé a mi hijo para que saliera de Egipto»

Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo:

-Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel; ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

Se levantó, cogió al niño y a su madre y volvió a Israel.

Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes tuvo miedo de ir allá. Y avisado en sueños se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas. que se llamaría nazareno.

LA FAMILIA, ESCUELA DE VIDA

En este tiempo de Navidad hoy celebramos la **«fiesta de la Sagrada Familia»**, una fiesta para recordar a la Familia de Nazaret y pensando en ella, **«afianzar el compromiso cristiano en nuestras familias»**.

Jesús recorrió nuestro mismo camino. Vivió una sencilla relación familiar, tan normal que la gente se extrañó cuando comenzó su predicación. Su familia era una más de aquel pequeño pueblo de Nazaret. Jesús se encarnó en una familia que no rehúye las dificultades de la vida: exilio, inseguridad, temor ante el futuro, rechazo, persecución. **«Jesús asumió totalmente la condición humana con la excepción del pecado»**

Si bien en el Evangelio no tenemos apenas datos de su vida familiar, lo cierto es que, para Jesús, la vida familiar es un **«lugar de amor y de verdad»**. Se constata con claridad a lo largo de su vida pública. En su predicación, en su Palabra, nos habla constantemente de las relaciones familiares, entre esposos o entre padres e hijos, para hacernos entender lo que es el **«amor de Dios»**. En el Evangelio se habla sin cesar de Dios como Padre y nuestra respuesta a Dios es presentada como la confianza y entrega de sus hijos a Él.

Cuando **«Jesús nos habla de Dios como Padre»**, de la comunión de amor que es la vida cristiana, ¿cómo no pensar que en su Palabra resuena la experiencia humana que Él tuvo en su propia familia? Podemos estar convencidos de que **«las primeras lecciones de humanidad»** las recibió Jesús en el entorno familiar, especialmente de José y María y que el recuerdo de su vida en Nazaret le marcaría para siempre.

Y es en esa vida normal donde tenemos que ver lo extraordinario, **«su vida interior y su cercanía a Dios»**, que era lo que les mantenía unidos y entregados unos a otros, como soporte de la convivencia. Esa sencillez y esa entrega mutua, son el mejor ejemplo de que **«Dios estaba allí»**. **«Es Dios el que se hace hombre»**. Si entendemos que es Dios el que se hace hombre, podremos vivir que **«Dios esté en mi prójimo y que Dios se esté haciendo en mí»**.

Desde aquí se entiende bien **«la nueva relación con Dios y con la Ley que Jesús inaugura»**. Jesús no sancionó ningún modelo de familia, como tampoco determinó ningún modelo de religión u organización política. Lo que Jesús predicó hace referencia a **«las actitudes»** que debemos tener en nuestras relaciones con los demás. Jesús enseñó que todo ser humano debe relacionarse con los demás **«como exige su verdadero ser»** y a esta exigencia le llamaba **«voluntad de Dios»**. Este es el verdadero mensaje del Evangelio. Esta es la Buena Noticia que nos trajo Jesús.

Hoy se dice que **«la familia está en crisis»**, pero las crisis no tienen por qué ser negativas. Todos los cambios profundos en la evolución humana vienen precedidos de crisis, pero la familia es algo completamente natural e instintivo que **«no puede desaparecer»**.



Si tenemos en cuenta que todo progreso humano es consecuencia de las relaciones con los demás, descubriremos el **«verdadero valor de la familia»**. En efecto, **«la familia es el marco en que se pueden desarrollar las más profundas relaciones humanas»**. No hay ningún otro ámbito o institución que permita una **«mayor proximidad»** entre las personas. En ninguna otra institución podemos encontrar **«mayor estabilidad»**, que es una de las condiciones indispensables para que una relación se profundice.

Una **«convivencia familiar basada en el amor»** no es sólo una condición indispensable para un crecimiento humano adecuado, sino también una condición para poder descubrir **«qué significa que Dios es Padre, que nos ama y que espera de nosotros una respuesta de amor»**. La Familia de Nazaret es ejemplo que nos invita a defender la dignidad humana y la voluntad de Dios.

Pero, ¿cómo son nuestras familias? ¿Viven comprometidas por una sociedad más humana o viven encerradas en sus propios intereses? **«¿Se educa para la solidaridad»**, para la búsqueda de la paz o se enseña a vivir para el bienestar insaciable, para el máximo lucro y el olvido de los demás? **«¿Se cultiva la fe, se enseña a rezar»** o solo se trasmite indiferencia, incredulidad y vacío de Dios? **«¿Se educa para vivir responsablemente»**, en coherencia con la fe cristiana o se favorece un estilo de vida superficial, sin metas ni ideales, sin criterios ni sentido último?

Si, como cristianos, tenemos **«la obligación»** de luchar para **«conseguir mayores cuotas de humanidad»** en nuestra sociedad, trabajar por **«hacer vida los valores del Evangelio en la familia»** es una gran prioridad y demostrar con hechos que, **«el Evangelio, es el mejor instrumento»** para conseguir una humanidad más justa, más solidaria, más humana.

Nos habla San Pablo en la segunda lectura de la necesidad de llenar nuestra vida de **«misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión»**. Es el clima que hemos de conseguir se haga habitual en nuestras familias. No dejemos, pues, que el clima violento, opresivo, tenso, que domina en tantos aspectos de nuestra sociedad, entre en nuestras casas.

«Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otros», hemos leído también. No se trata de disimular, de no decir lo que nos molesta, pero tampoco nuestra vida familiar ha de ser una queja continua. Lo que sí debemos tener presente es que los defectos no son exclusivos de los otros, ya que **«todos tenemos nuestros defectos»**; que el mejor modo de ayudar a los demás, a curarse de sus defectos es la **«cordialidad y el buen humor»** y, por último, tener claro que, para mejorar toda relación, lo inteligente es **«fijar siempre la mirada en lo positivo»** y no en lo negativo. De algún modo, **«perdonarse es mejorar nuestro modo de mirarnos»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

29 de diciembre de 2019